

CARTA V.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

QUERIDO amigo: desde que el padre me dejó solo, entré en batalla conmigo mismo, y examinando de buena fe mi vida, la de nuestros amigos, la de tantos incrédulos, y particularmente la de los mas celebrados filósofos; considerando la conducta de todos, y el estilo ordinario de las gentes del mundo, no pude dejar de conocer que habia mucha verdad en lo que me habia dicho sobre las causas mas ordinarias de la incredulidad.

Repasé tambien en mi memoria algunos de sus libros, y especialmente los que pasan por los mas celebrados contra la religion, y hallé que aquel buen religioso los habia resumido con fidelidad, y que los retratos que me hizo así de ellos, como de sus autores, no dejaban de ser parecidos.

Me asombraba de que un eclesiástico, que me habia presentado el acaso, estuviese tan instruido, cuando yo creia que todos eran ignorantes, fanáticos y crédulos, sin crítica ni discernimiento. No me podia figurar que un hombre retirado en un claustro fuese capaz de unos racionios tan

justos y de una lógica tan sana como la que manifestaba. Yo habia creido burlarme de su ignorancia y su simplicidad; pero encontré en él mucho talento y un espíritu vivo y penetrante.

Lo que mas me sorprendió fué, que estuviese tan enterado, no solo de los libros filosóficos, sino que conociese tan á fondo á sus autores; porque yo creia que si habia ilusos y crédulos, era porque ignoraban ó no habian visto las nuevas luces con que la filosofia ha desengañado á los hombres. Me parecia imposible que un hombre dotado de mediana razon, y esclarecido por las muchas reflexiones que estos libros producen, pudiese creer todo cuanto se nos imbuye en nuestra infancia.

No comprendia, pues, cómo este padre, que por otra parte me parecia dotado de juicio sano y razon despejada, pudiese ser tan crédulo, y me decia á mí mismo: Ve aquí el efecto de la educacion y de la invencible tenacidad que adquieren las primeras ideas de la infancia. Aunque los hombres nazcan con talentos, en vez de buscar con ellos la verdad, no los emplean sino en dar colorido á los errores adoptados y persuadirse de las opiniones mas monstruosas. Este buen padre confiesa que la religion es un agregado de misterios incomprensibles y oscuros, y con todo pretende que ella se puede demostrar con evidencia. Es menester tener el juicio pervertido para

no conocer una contradiccion tan palpable. ¿Cómo es posible mostrar con evidencia lo que ni siquiera se puede entender?

Este buen varón, que es capaz de tragarse este monstruo, ha leído todos los libros filosóficos, y no solo no se ha dejado penetrar de la fuerza de sus convencimientos, sino que los trata de frívolos y sofisticos. Esta es la arrogancia y satisfaccion con que se explican. . . . Sus autores son los primeros ingenios del universo, y este buen hombre habla de ellos con desprecio y lástima, los llama ignorantes, y tiene por superiores y mas ilustrados á los que como él no saben sacudir el yugo que les impusieron sus toscos padres: este es el extremo de miseria á que puede llegar la razon humana.

Y pues la suerte me ha traído aquí, y la prudencia me dicta permanecer todavía, lo mejor que puedo hacer es sacar partido de la necesidad, y desengañar á este pobre iluso. Entraré en disputa con él, y le haré ver sus inepcias y futilidades. Parece que tiene luces naturales, y es posible que sienta la fuerza de la verdad; y á lo ménos me divertirá viéndole embarazado con mis reflexiones, porque no sabrá desembarazarse sino con miserables subterfugios que yo se los haré palpables.

Estaba haciendo entre mí estos discursos cuando vino el padre; y despues de los cumplidos or-

dinarios, le dije: Muchas veces, padre, me habeis repetido que la religion cristiana merece nuestra admiracion y creencia; que su plan es magnífico, bien ordenado, fácil de comprender, y tan capaz de producir la evidencia, que obliga á la persuasion. Os confieso que esta asercion me parece muy arrogante, y ciertamente es contraria á todas las ideas recibidas; porque todos saben que la fe es oscura, que presenta misterios incomprensibles, y yo añado que propone cosas que no solo repugnan á la razon, sino que tambien la contradicen.

Los mismos cristianos aseguran que en esta dificultad consiste su mérito; pues á pesar de las contradicciones y repugnancias que aparecen á la razon, debe sacrificarse ella misma para no escuchar más que las voces de la fe. Esta es la batalla de la fe y de la razon; y yo creo que en esta lucha cuando el miedo y la credulidad dominan, la fe vence; pero cuando la filosofia reina, la razon triunfa. Por otra parte, para creer es menester juzgar que lo que se cree es cierto; para juzgar es menester entender. ¿Cómo, pues, entender lo que no solo no se puede comprender, sino que nos parece contradictorio y absurdo?

Ved aquí, señor, me respondió, una objecion que os parece especiosa. Hallais contradiccion en que se vea con claridad lo que es obscuro, en que se crea lo que no se entiende, y en que se pueda de-

mostrar con evidencia lo que no se puede comprender. Os diré de paso que de este carácter son casi todas las objeciones de los filósofos. Presentan un aspecto formidable, porque confunden las ideas; pero cuando una sana lógica las desenreda, y pone cada cosa en su lugar, entónces se desploma el aparente edificio, que solo ha podido asombrar al que no tiene ojos para discernir la verdad de su apariencia; y vos lo vais á ver.

Señor, en la religion hay dos cosas: el hecho y el derecho. El hecho es, que Dios la ha revelado; el derecho, lo que Dios ha revelado. El primero es claro, y se puede probar con evidencia que Dios es su autor: lo segundo en parte es claro, porque hay muchas cosas que Dios nos ha permitido entender; y en parte obscuro, porque hay otras que ha escondido á nuestra inteligencia.

Para que nuestra razon se satisfaga y conozca que la religion es divina, Dios nos ha dado pruebas y documentos tan evidentes y seguros, que cuando se miran de buena fe es imposible: al que abre los ojos no ver el resplandor de tanta luz. Por eso es culpado el que no la crée, porque de su aplicacion depende convencerse de su verdad; y si no se convence porque no se aplica, entónces su omision ó negligencia en materia tan importante es un grave delito: aquí no hay obscuridad alguna.

Es verdad que en lo que llamo derecho, esto es,

en lo que Dios ha revelado, hay misterios incomprendibles, no porque contradigan la razon, pues siendo de un órden divino, no estan en la esfera de sus alcances, sino porque la exceden y sobrepujan; pero Dios puede revelarnos lo que quiere, y escondernos lo que le parece, segun el órden de su inefable sabiduría, y con la medida que quiere poner su Providencia.

La razon siempre humilde y reverente á los divinos decretos, debe someterse adorando lo que no entiende, y creyendo sin entender lo que se la manda creer sin que lo entienda. No tiene derecho para pedir á Dios cuenta de sus disposiciones, y debe hacerse cargo de que Dios reserva la manifestacion de estos secretos para el dia de la eternidad; que seria una insolencia quejarse de no saberlo todo; que Dios la ha hecho saber todo lo que la es necesario para conocerle, adorarle, servirle en esta vida y gozarle en la otra, y que acaso no le seria conveniente saber lo superfluo; y lo que solo pudiera contentar su orgullo y vanidad.

Si se quisiera, señor, con buena fe tener presente esta distincion, se evitarian los equívocos y la confusion con que de ordinario obscurecen los incrédulos este asunto; se veria que las expresiones de misterios que contradicen y repugnan á la razon, no son exactas; que aquí la luz no está en oposicion con la obscuridad, pues la luz está en

una cosa y la obscuridad en otra; que la razon debe hacerlo todo hasta ver la verdad de la revelacion, pero que cuando la llegó á ver debe respetar su obscuridad; que para decirlo así, si en el primer exámen debe hacer el primer papel, en el segundó no puede hacer mas que el último.

Mientras se examina si Dios es verdaderamente el autor de la religion, si es cierto que ella viene del cielo, y que la haya revelado á los hombres, la razon lo hace todo. Ella examina bien las pruebas, compara los téstimonios, rechaza todo lo que no le parece evidente, ó lo que no juzga probado; solo admite lo que mira demostrado, y á cuya fuerza no puede resistir; indaga, contradice, apura. Ella es el juez, es el árbitro; este es su oficio; Dios mismo se lo impone, pues no la ha dado sino para eso; porque quiere que su sumision sea un obsequio razonable, y no lo fué y dejara de ser virtud si ella no quedase persuadida.

Pero si despues de haber visto bien, bien examinado, queda al fin convencida; si las pruebas que la religion la ha presentado, la parecen tales que no puede ya dudar de su extraccion divina, entónces hace el último papel, y se somete humilde y reverente. Ya toda duda seria sacrilegio, todo exámen insulto á la verdad de Dios, toda indagacion mas allá de lo que se la ha querido revelar, una temeridad. Se hace cargo de que la obscuridad no es un defecto, sino una dis-

posicion divina; que la incomprendibilidad no es una excusa, pues sabe que no puede comprender lo que es de un órden superior tan excéntrico á su inteligencia.

Pero como ya no duda que la religion viene de Dios, al instante se postra, adora y se somete; da gracias al Autor soberano, y en las muchas cosas que entiende, admira la magestad y la bondad divina. Si en otras percibe obscuridades, si se la presentan misterios, si le parece que hay cosas que no hubiera podido adivinar, que no hubiera alcanzado con sus propias ideas, no se espanta, porque conoce su pobreza, sabe que es limitada, se acuerda de la grandeza de Dios, de su sabiduría, de la profundidad de sus designios, y entónces se humilla y calla: tanto como fué lince para examinar si es verdaderamente Dios el que la ha manifestado, otro tanto ahora que ya lo sabe, es ciega para creer y adorar; y ve aquí cómo la razon y la fe estan siempre de acuerdo. La razon no cree fácilmente un origen divino; es menester mucho para hacércelo ver; pero cuando le ve, ya no sabe mas que creer y obedecer.

Así, cuando se trata de religion, sola una cuestion se debe examinar; todo se reduce á saber si en efecto las pruebas de que se gloria, si los fundamentos en que se apoya son de tal naturaleza que no pueden venir mas que de Dios. Supongamos por un instante que yo pudiese demostrar á un

incrédulo que Jesucristo es Dios, y que Jesucristo nos dió el cristianismo en su Evangelio: ¿os parece, señor, que supuesto que el incrédulo convencido se viera forzado á confesar esta verdad, le estaria bien venir á proponerme objeciones que le embarazaran? ¿podria con pudor decirme que su corazon encuentra dificultades, que su espíritu no puede comprender misterios tan oscuros, ni acomodarse con aquella doctrina?

Yo le diria: ¡Hombre pequeño y miserable! ¿cómo á la vista de tu Dios te atreves á hablar de tu razon? Tu razon no ha debido servirte sino para saber que Jesucristo tu Dios se ha dignado de hablarte; y cuando ella te lo ha persuadido por pruebas á que no pudo resistirse, ¿qué te queda que hacer sino humillarte y adorar la alteza de su saber? ¿Pretendes medir las insondables profundidades divinas con los estrechos límites de tus alcances? ¿aspiras á encerrar el incommensurable oceano de la eterna sabiduría en la breve concha de tu inteligencia?

Tu razon hizo ya lo que debia; ella empleó todos sus esfuerzos, toda su sagacidad en examinar si Jesucristo es Dios; indagó si los documentos que lo acreditan eran auténticos y seguros; puso grande estudio en saber si no habia seduccion ó engaño; consideró con atencion prolija y cuidadosa si Jesucristo probó su mision de una manera tan clara y tan irresistible que no quede lugar á la menor duda.

Después de tan serio y tan profundo exámen, no pudo hallar pretexto para no rendirse; ella misma se juzgó inexcusable si no cedia á la fuerza de tantos y tan altos motivos. Esto es lo que debia hacer y penetrar, y esto es lo que han hecho para dicha tuya; pues sin este exámen apurado, sin esta discusion tan prolija, no hubieras podido tener mas que una fe incierta y vacilante, una fe vaga sin principios ni consistencia; pero pues una vez quedó convencida tu razon, si su orgullo te pretende inquietar con nuevas dudas, hazla callar, y obligala á que adore y crea.

Este exámen, señor, es necesario y útil, tanto para consolar y corroborar al que cree, como para desengañar al incrédulo. Por otra parte, el Príncipe de los apóstoles nos exhorta á satisfacer á los que nos piden razon de nuestra creencia y de nuestras esperanzas; porque debemos estar en estado de justificar que nuestro proceder es el mejor y mas seguro, mostrando los títulos firmes é indestructibles de nuestra confianza: mas una vez alistados en las banderas del Evangelio, no debemos escuchar los nuevos gritos de una razon inquieta, y todo mi estudio debe dirigirse á saber lo que él dice para creerlo y practicarlo.

Si en este Evangelio que ya adoro, hay misterios, venero hasta su obscuridad; ¿y cómo puede penetrar la sublimidad de los misterios el que á cada paso se encuentra cercado de tinieblas en la

contemplación de las cosas naturales? Las ve, las palpa, y sin poder dudarlas, no puede entenderlas. ¿Pero qué importa? Una razon justa y modesta sabe que la tierra no es el pais de los conocimientos; que llegará el momento en que empezará el dia interminable de la luz, y que lo que la importa saber es que debe creer y observar lo que se la prescribe.

Aquí debéis observar como esta fe es al mismo tiempo clara y obscura: clara hasta la evidencia en los motivos de creer; clara en los documentos que la fundan; clara en las invencibles pruebas que la establecen; pero obscura en algunos de sus misterios; y esto era necesario para que fuera fe, porque su esencia es no ver y creer lo que no ve. Tambien debia serlo para ser meritoria, porque no hay mérito en creer lo que se ve. Esto no cuesta, y se hace sin esfuerzo ni sacrificio. Jesucristo dijo (1): „Dichosos los que no vieron y creyeron.”

Así es, señor, como la fe y la razon, cuando esta se conduce bien, saben aliarse; porque cada una se pone en su lugar. La razon da los primeros pasos, y puede mostrar que la religion viene de Dios, porque viene de Jesucristo que lo es; que Jesucristo ha fundado una Iglesia á quien dejó su autoridad, prometiéndola su asistencia; que

(1) Joan. xx. 29.

todos los artículos que la fe propone han sido revelados por Dios, creidos y sostenidos por su Iglesia.

Puede añadir, que siendo Dios incapaz de error ó de mentira, todo lo que dice es soberanamente verdadero; y que como lo que dice la Iglesia es la palabra de Dios, no es ménos cierto, y así exige una igual y entera adhesion de nuestro corazon y de nuestro espíritu. Ve aquí hasta donde la razon alcanza; ve aquí los objetos de que debe ocuparse, y que puede descubrir con sus propias luces.

Pero cuando ha llegado á estos conocimientos, y se rinde á la fuerza de la verdad, entónces se aparta, se pone á un lado, y cede á la religion todo el lugar; entónces la fe es la única que domina, y propone sus verdades particulares, que la razon no podia descubrir. Es cierto que estaban ocultas, y que son de una esfera superior; pero la razon las oye sometida, conociendo su poca luz para penetrar arcanos tan altos y tan secretos. Si tal vez incitada por la indocilidad de su orgullo, se emancipa á mostrar alguna repugnancia, al instante la fe la oprime con el peso de su autoridad, la reduce á silencio, y la tiene cautiva.

Si vuelve inquieta á preguntar ¿por qué esto? ¿por qué aquello? la religion la tranquiliza diciéndole: Acuérdate de que Dios lo ha dicho, y calla. La razon se humilla; pero es una humillacion saludable para que no se descamine ni se vuelva,

como dice San Pablo (1), á todo viento de doctrina, y porque la contiene así en los límites de que no debe salir. De esta manera la fe es firme, sin perder nada de su obscuridad, y es obscura sin perder nada de su firmeza.

Supuesto, pues, que la razon haya una vez quedado convencida de los principios de la fe, si después olvidada ó loca me viene á preguntar: ¿Cómo es posible concebir que un Dios se haga hombre, sin dejar de ser Dios; que sea mortal al mismo tiempo que inmortal, pasible é impasible; que reciba en su persona toda la gloria de un Dios con todas las enfermedades de un hombre? ¿Cómo es posible entender que este hombre Dios venga y esté presente en los altares, escondido en las especies de pan y vino, y otras dificultades de este género? La fe me responde lo que Dios dijo al mar: „Tú llegarás hasta allí, pero allí te detendrás: allí quebrarás tus olas, y abatirás las hinchazones de tu orgullo (2).”

Esta sentencia fué absoluta, y contra ella la razon humana no tiene que oponer ni puede replicar; ántes la produce grandes ventajas, pues por ella puede el hombre hacer el sacrificio de su razon con la fe, así como hace el de su cuerpo con la penitencia, y el de su corazon con el amor. Cuando con la penitencia le sacrifica su cuerpo,

(1) Ad Ephes. iv. 14. (2) Job xxxviii. 11.

glorifica á Dios como soberanamente justo; cuando le sacrifica el corazon con su amor, le glorifica como soberanamente amable; y cuando le sacrifica su razon con la fe, le glorifica como soberanamente verdadero.

De aquí podeis inferir cuán útil es la fe para la tranquilidad del corazon. Considerad cuán dulce es y cuán ventajoso tener una regla segura, que con una palabra sola tranquiliza las agitaciones de una razon inquieta: esta regla es la fe. En efecto, señor, sin una fe dócil y sometida, todas las luces de mi razon, en vez de sosegarme con la eleccion de un partido, y dejarme el espíritu en reposo, no harán otra cosa que arrojarme cada dia en muchos embarazos, y causarme nuevas turbaciones.

¿Quién ignora que la razon humana, si se la deja tomar vuelo, es variable en sus ideas, y que recibe y acoge todos los errores de la imaginacion? De modo que hoy piensa de una manera y mañana de otra; lo que hoy la gusta, mañana la desagrade; no bien resuelve una dificultad, cuando viene á agitarla otra duda.

Por eso se ve á tantos filósofos en una incesante perplejidad, asiéndose de todo, y sin hallar firmeza en nada. Esto es lo que deploraba S. Agustin cuando decia que no estudiaba sino para hallar la verdad, y que en esto empleaba toda su filosofia; pero que después de mucho afán, des-

pues de haber caído en errores groseros, quedaba siempre incierto y vacilante sin encontrar donde fijar el pie. ¿Por qué? Porque no tomaba otra guía que la de su razón, y que esta no bastaba para alumbrar su entendimiento; que esta fué la causa de tantas mudanzas y de tantos trabajos inútiles; que por eso pasó por tantos sistemas diferentes de que se dejó alucinar, y que no se desengañó sino cuando se entregó á la conducta de la fe. ¿Cómo llora en sus confesiones la ceguera en que vivió tan largo tiempo! ¡y cómo da gracias á Dios de haber deshecho el hechizo de las ciencias profanas que le tenían fascinados los ojos, y de haberlos reducido á la santa sencillez de la fe!

En efecto, señor, cuando la razón se ha sometido ya á la fe, y que una y otra están de inteligencia, conteniéndose cada cual en la esfera que la corresponde, las dos se prestan un auxilio recíproco. Esto es lo que tranquiliza al cristiano, y le hace invencible. Que venga á combatirle el que quisiere: sea el espíritu tentador con sus astucias, sean los incrédulos con sus sofismas, sean mis pasiones con sus atractivos, sean en fin, mi propia ligereza, ó el orgullo y la indocilidad de mi razón; yo tengo á la mano una respuesta corta y decisiva que satisface á todo; yo digo lo que Jesucristo dijo al demonio cuando le tentó en el desierto (1): „Escrito está:” Dios lo ha di-

(1) Matth. iv. 4.

cho: sí, escrito está, que hay un Ser supremo, y que no hay mas que uno, que es invisible, eterno, omnipotente, que ha criado el mundo, le conserva y gobierna. Yo le interrumpí diciéndole: Hasta ahí va bien, padre mio; y mientras solo esté escrito que existe un Dios, podremos acomodarnos; pero decidme: ¿Está escrito que Dios es uno y tres? ¿que este Dios se parte en tres porciones? ¿que es uno y que no es uno porque es tres? ¿que es tres y que no es tres porque es uno? En fin, padre, ¿es posible que un hombre de razón, no digo instruido ni filósofo, sino que solo tenga el sentido comun, pueda creer y adorar cosas tan visiblemente increíbles y contradictorias? Si se ha podido alucinar al pueblo rudo que no considera, ¿cómo se puede pretender tratar con el mismo desprecio á los que deben entender mas y juzgar mejor? ¿Qué puede ser una religion que empieza por un misterio que á primera vista manifiesta una contradicción?

Si los cristianos, señor, me respondió, dijeran haber inventado ó haber descubierto este misterio que os parece tan increíble, tuviérais razón para despreciarle, y vuestra razón seria juez competente para decidir de su invención ó su descubrimiento. Entónces pudiérais decirles con justicia: Vuestra invención es loca, y repugna á la razón: vuestro descubrimiento es increíble, porque contradice á todas las ideas y conocimientos de los

hombres; pero los cristianos dicen que Dios lo ha revelado, y pretenden probarlo con pruebas y razones que dicen ser evidentes y claras. En este caso ya veis que ni podeis argüirles con su obscuridad, ni baldonarles lo que llamais su contradicción, ni tampoco debeis ocuparos del exámen interior del misterio, ó de la conformidad ó disonancia que puede tener con vuestras ideas. Lo único que podeis examinar es si es verdad que Dios lo ha revelado; si las pruebas, las razones y los monumentos que los cristianos alegan son tan ciertos, tan auténticos y evidentes como lo dicen.

La razon de esto es porque todos los objetos que pertenecen á la region del infinito, ó á un órden superior á nuestra capacidad, no deben ser regulados por las ideas de los hombres, ni el fundamento de su creencia puede estribar en su conformidad con las percepciones de una inteligencia limitada. Sin subir á la altura de lo sobrenatural, á cada paso encontramos verdades naturales, totalmente excéntricas á la esfera de las nociones humanas.

¿Quién sabe, por ejemplo, cómo ó por qué el cuerpo obedece á los simples deseos del espíritu? ¿Quién comprende cómo ó por qué la materia inerte y tosca es capaz de animarse con el movimiento? ¿Quién, finalmente, entiende la mayor parte de los fenómenos que obran en nuestros sentidos cada instante, sin que jamas pueda penetrar-

los la razon? Los efectos son sensibles y los principios son ocultos; y si la razon los ejerce sin comprenderlos, es porque no puede contradecir la evidencia de sus sensaciones.

¿Cuánto mas deben ser inaccesibles á todo el esfuerzo de su penetracion los objetos que ni aun siquiera pueden percibir nuestros sentidos? Así, desde que se nos proponen, apoyados sobre un testimonio divino, no debemos considerar si son ó no son incomprensibles, si parecen ó no contradictorios; solo debemos examinar si el testimonio en que se apoyan viene verdaderamente de la region á que se atribuye; y si se puede demostrar la verdad y la seguridad de su origen, es ridículo dejar de creerlos porque presentan muchas dificultades,

Importa poco que el entendimiento lo apruebe ó lo rechace, que le parezca conforme ó disonante con sus ideas, porque no son ellas las que pueden juzgarlo: ya se le ha dicho que estan fuera de su esfera, y que pertenecen á un reino divino; por consiguiente, lo único que puede hacer es examinar si en efecto las pruebas que se alegan son ciertas, y vienen de esta region divina; en una palabra, si es verdad que Dios se ha dignado de revelarlas á la tierra.

Ve aquí la razon por qué no puede ya emplear sus luces sino en averiguar esta verdad; y ve aquí tambien por qué altera su naturaleza y sobrepasa

sa sus funciones, cuando se atreve á querer penetrar en los misterios, cuando intenta elevarse á la contemplacion de objetos, cuyos principios quedan en los insensables abismos de su esfera sobrenatural.

El infinito es necesariamente incomprensible, tanto en el modo de su esencia, como en cualquiera de sus atributos. En el orden de las verdades naturales, á medida que cada objeto se desenvuelve, se presenta mas á nuestro entendimiento, y su imagen se graba mas en él; pero en el infinito todo se agranda á medida que se particulariza, y nuestro entendimiento se confunde tanto con su totalidad, como con una de sus propiedades ó atributos.

Por eso la incomprensibilidad es esencial á todo lo que pertenece á este orden, que es por su naturaleza inaccesible. Es imposible que el Eterno nos hable ó nos dé una idea perteneciente á su carácter, sin que nuestro entendimiento sea sumergido en el oceano, donde nuestra razon no puede por sí sola fijarse. Por consiguiente, toda revelacion desde que se acredita la verdad de su existencia, no puede ya ser mas que objeto de nuestra adoracion y de nuestro amor.

El Eterno es de un orden único. Su language no se puede parecer á los nuestros. Lo que alcanza á descubrir el racionio humano, no puede ser divino: cada cosa tiene la marca y la im-

presion específica de su esfera; y la incomprensibilidad es la marca y el carácter distintivo de todo lo que es divino y sobrenatural.

Estos principios son muy claros, y es menester estar ciego para no ver su evidencia: nada puede ver el que no ve tanta claridad; ménos vista tiene que el que nunca abrió las párpados á la luz del dia; no habrá poder que le haga recibir la verdad y practicar la virtud, pues no siente diferencias que el buen sentido debe por sí solo descubrir.

No excusa, pues, á la incredulidad decir que un misterio es increíble, y que una Trinidad de personas en la unidad de la esencia divina destruye las ideas de la filosofia, porque esta misma dificultad debe fortificar las otras razones de creer. A ménos que se nos explique cómo lo que es tan increíble pudo ser inventado por unos hombres, y creído por una innumerable multitud de otros, no se puede concebir que ideas tan inauditas y extraordinarias se pudieran presentar al espíritu humano, y ménos parece que se haya esperado el persuadir las á los demas. Esta debe ser una nueva razon para indagar con mas solicitud el origen que se las atribuye.

En efecto, la impostura puede fabricar sistemas y urdir fábulas; pero todas las invenciones de los hombres tienen siempre alguna relacion con las ideas de su espíritu, y por algun lado se pare-

cen á los objetos que ellos mismos conocen. No cabe, pues, en la naturaleza humana haber inventado esta Trinidad: el dogma me asombra ménos de lo que me asombraría, ó la fraude que le inventara, ó el arrojio que le persuadiera. Cuesta ménos á mi razon recibirle y adorarle, que tenerle por fruto de una maquinacion humana.

Es seguro que cada efecto debe tener una causa que corresponda al carácter que le distingue; y por mas que yo lo medite, sola la verdad puede parecerme motivo suficiente para que la Trinidad Divina pudiese entrar en el entendimiento de los hombres: así para mí y para todos los demás cristianos su misma inverosimilitud es otra prueba de su verdad. Me parece que la sana razon puede discurrir así, y que no se apartaría de los principios de una buena lógica; pero los cristianos dicen mas, y prueban que todos los artículos de su creencia han sido revelados por Dios. Así dicen: Escrito está que en este Ente incomprendible con la mas simple unidad hay sin confusion una Trinidad de personas; que esas tres personas son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo iguales entre sí; que la persona del Hijo vino á la tierra para redimir á los hombres; que siendo Dios y sin dejar de serlo, se hizo hombre; que vivió entre nosotros, que murió en una cruz, que resucitó, y que subió á los cielos.

Escrito está que este Salvador divino, querien-

do quedarse con nosotros hasta la consumacion de los siglos, nos dejó su sagrada carne y su preciosa sangre bajo las especies de pan y de vino, que ofrecemos en sacrificio, y que uno y otro son la comida y bebida con que se alimentan nuestras almas.

Escrito está que habrá un juicio universal, en que todos compareceremos; que allí seremos juzgados con arreglo á la ley del Evangelio; que los que la hubieren observado gozarán de una bienaventuranza eterna; pero que los que no la hayan creído ó la hayan violado sin haberse arrepentido, serán castigados sin medida ni fin.

Escrito está. . . . ¡Y qué, padre, le volví á interrumpir, os atreveis á asegurarme que podeis probarme con evidencia que el mismo Dios ha revelado al hombre esas cosas que parecen tan absurdas, tan monstruosas y tan poco dignas de la Divinidad? Sí, señor, me respondió; y no extraño que vuestra razon, que no se ha detenido á indagar los principios, se rebele cuando escucha prodigios que la son tan superiores: sin duda que estas deben ser para vos novedades extraordinarias, misterios oscuros y verdades terribles.

Pero el que vea, sin poder dudarle, que está escrito, esto es, que Dios lo ha dicho; el que sepa que Jesucristo es Dios por pruebas tan evidentes, que seria locura no reconocerlo, ¿qué puede hacer sino rendirse y bajar la cabeza al respeto

de su infalible autoridad? El único exámen que le queda es saber si **es** cierto que Jesucristo lo ha dicho; pero desde **que** depone esta duda, calla y se somete, porque **sabe** que su razon puede engañarse, y que **Jesucristo** es la verdad misma.

Bien pueden ofrecérsele argumentos á que no halle salida, racionios de que no pueda desembarazarse; nada le **hace** titubear un instante, y desde entónces dice **con el Apóstol** (1): „¡O profundidad de los tesoros de la sabiduría divina! sus juicios son incomprendibles, y sus caminos superiores á nuestra inteligencia. ¿Quién ha penetrado los pensamientos del Señor? ¿quién ha entrado en sus consejos?„ Así resuelve el cristiano todas sus dificultades; así disipa todas sus dudas; así se desembaraza de **todas** las reflexiones peligrosas, se aquieta, vive **en paz**, y solo se ocupa en practicar las máximas que el Evangelio le enseña.

Pero, padre, le dije, **no** es posible que el entendimiento del hombre **adopt**e lo que no alcanza á ver; es imposible que **crea** lo que no entiende. Ese es, me respondió, el orgulloso clamor del espíritu humano, porque **no** quiere hacerse justicia y reconocer su flaqueza. ¿Cómo es posible que entienda cosas sobrenaturales, que estan fuera de la esfera de sus conocimientos, y para cuya inte-

(1) Ad Rom. xi. 33 y 34.

ligencia no tiene órganos proporcionados? ¿No le basta saber que Dios es quien las dice, diciéndole al mismo tiempo llegará dia en que separado de la materia adquirirá la aptitud para entenderlas?

¿Y qué, señor, esta misma razon no abraza tambien las cosas naturales? ¿Cuántas cosas hay en el universo, cuántas pasan á nuestra vista, sin que podamos dudar de su existencia, y sin que tampoco podamos comprenderlas, y con todo seria menester ser locos para decir que porque no las entendemos no son verdaderas?

Porque no hemos comprendido hasta ahora el flujo y reflujo del mar, ¿se puede dudar de este movimiento de las aguas tan regular y tan constante? Porque nadie sabe todavía la causa por que el iman se dirige siempre al Norte, ¿se dudará de fenómeno tan útil? ¿Cuántas obras de la naturaleza se esconden á nuestra penetracion! ¿Cómo, pues, podemos sorprendernos de que los misterios de Dios esten fuera de nuestros alcances? ¿y cómo se puede decir no los creo, porque no los entiendo?

Seria muy temerario el mortal que pretendiera robar al cielo los secretos que le quiere esconder. El mismo Dios ha amenazado de oprimir con su gloria al que se acercare demasiado á registrar su magestad (1). Dios nos ha descubierto

(1) Proverb, xxv. 27.

todo lo que nos era necesario, así para conocerle y servirle en esta vida, como para vivir con él en la otra eternamente dichosos; y á fin de hacernos ver que la revelacion es suya, y que no nos queda excusa, nos ha dado señales tan caracterizadas, que nadie las puede dudar, y cualquier espíritu mediano las puede entender: esto es lo que nos basta. Lo demás ha querido reservarlo para el día de la gloria, en que el hombre entrará en su santuario eterno, y cuando se le manifestará con todo el esplendor de su magnificencia; entónces pasaremos de esta fe tenebrosa á la mas luminosa claridad. No digo por esto que Dios repruebe el prudente conato de una razon modesta y contenida: él nos la ha dado como un farol que nos alumbra en esta vida; pero quiere que no salga de su esfera, que se contente con llegar á lo que alcanza, y que cuando él habla, cierre los ojos y se humille delante de la fe. Así lo ha arreglado el Señor por nuestro propio bien, y sería....

Pero, padre, le interrumpí, ¿no es verdad que Dios ha impreso en el corazón del hombre un sentimiento íntimo y natural, un discernimiento claro de lo bueno y lo malo, en fin, las ideas de la virtud y del vicio? Pues si esto es así, ya tiene todo lo que necesita, ya puede conducirse por sí solo, y adquirir los premios ó evitar los castigos, si los hay; esta es la ley natural. Dios le da con

ella el conocimiento de la ley, y le da la razon para que la obedezca por su propio interés. Dios no multiplica los entes sin necesidad, ni hace cosas superfluas; y siendo estos medios suficientes para el gobierno del hombre, la revelacion es inútil. ¿Para qué grabar en piedra leyes que nos grabó en el corazón? ¿De qué sirven libros ni profetas á quien tiene en sí mismo una luz interior que le dirige?

El padre respondió: ¿Pensais, señor, que basta la razon para enseñarnos todo lo que la revelacion nos enseña? Vos la haceis demasiado honor; y cuando la considereis de mas cerca, veréis que no lo merece. La religion está llena de verdades sublimes, de conocimientos elevados, que ella sola nos pudo descubrir, y que jamas sin su auxilio hubiera alcanzado la razon; y esto solo basta para demostrar cuán insuficiente era para dirigir á los hombres, y cuán necesaria les era la revelacion.

¿Qué es, señor, la pobre razon, cuando está sola y abandonada á sus propios esfuerzos? Considerad que la primera obligacion y el mayor interés del hombre es conocer su origen, su naturaleza, y sobre todo su último fin. ¿Y os parece que el entendimiento humano, tan terrestre, tan limitado y débil es capaz por sí mismo de alumbrarnos en la obscuridad de objetos tan intrincados y difíciles?